

# Arqueología y restauración de monumentos históricos

LUIS E. MOLINA

*Escuela de Antropología*

*Facultad de Ciencias Económicas y Sociales*

*Universidad Central de Venezuela*

## RESUMEN

En el artículo se presentan algunos elementos acerca de la relación entre la investigación arqueológica y las intervenciones restaurativas de los monumentos históricos. Se establecen los vínculos que ha tenido la disciplina arqueológica moderna, en sus distintas etapas de desarrollo y perspectivas teóricas, con el estudio de los lugares donde existen evidencias materiales de ocupaciones surgidas luego del contacto inicial entre los europeos y las sociedades indígenas americanas. Para abordar esta discusión se exponen algunos elementos sobre el desarrollo de las ideas sobre la restauración de monumentos, especialmente en lo relativo al papel de la investigación histórica durante los procesos de intervención en los sitios históricos.

**Palabras claves:** restauración de monumentos, arqueología, investigación histórica

## Archeology in the Restoration of Historical Sites

### ABSTRACT

Relation between archeological investigation and the restoration of historical sites. Links are established between contemporary archeological disciplines and the demarcation of specific stages of development and theoretical perspective at those sites where material evidence suggests settlement after initial contact between Europeans and American indigenous populations. Concepts of the historical monument particularly in respect to the part which historical research has played during the process of establishing such sites.

**Key words:** restoration of monuments, archeology, historical research

## **Las ideas sobre la restauración de monumentos**

### ***La restauración de monumentos en el siglo XIX***

El desarrollo de la moderna teoría de la restauración de los monumentos, en el siglo XIX, fue consecuencia de un proceso que se comenzó a gestar en el siglo precedente. En efecto, para entonces surge la noción del monumento valorado desde el punto de vista histórico y desde el punto de vista estético y se hace comprensible que dichos monumentos corresponden a ciclos históricos concluidos que no se pueden prolongar o revivir (Rivera 1997: 109-110). A finales del siglo XVIII, a partir del proceso político de la Revolución Francesa, se comienza a plantear en Francia la necesidad de conservar y restaurar los edificios antiguos. Como lo ha señalado Ceschi (1970), a raíz de los sucesos de la Revolución y la destrucción de edificaciones y monumentos, se produce lo que se podría considerar el primer antecedente en cuanto a la acción oficial en este campo. En 1794, segundo año de la República, la Asamblea Nacional emitió un decreto dirigido a los Administradores de los Departamentos, en el que señalaba la responsabilidad que tenían estos funcionarios en conservar los monumentos y las obras de arte. A pesar de este decreto de la Asamblea Nacional la destrucción continuó durante los primeros años del siglo XIX, al punto que Victor Hugo publicó un artículo, *Guerre aux demolisseurs*, en contra de la destrucción de las catedrales góticas (Ceschi, 1970: 67).

Hacia la tercera década del siglo XIX, durante la monarquía de Luis Felipe, se iniciaron los primeros esfuerzos por la conservación de los monumentos, cuyos frutos se verían años más tarde. En 1830 Ludovic Vitet fue nombrado Inspector General de Monumentos y en 1834 fue seguido en el cargo por Prosper Merimée. La importancia de estos dos nombres radica en que su trabajo y sus ideas establecieron los antecedentes para la actividad de Eugene Emmanuel Viollet-le-Duc (Molina, 1975: 14). La obra

y la teoría desarrollada por Viollete-le-Duc (1814-1879) recogió las ideas y puntos de vista de Vitet y Merimée acerca de la restauración de monumentos, especialmente en lo relativo al uso de las analogías para la reposición de las partes perdidas de los edificios (Ceschi, 1970: 68; Mangino, 1991: 21) y en la importancia de la documentación previa a la restauración (Bercé, 1996: 248), por lo que nunca desestimó la necesidad de documentar de la manera más rigurosa posible la obra que se intervenía (Molina, 1975: 15-16).

En efecto, la orientación de las propuestas de Viollet-le-Duc estaban signadas por su tendencia de “reconstrucción en estilo”, a través de analogías con partes conocidas del monumento o con otros de estilo y épocas similares. Esta tendencia es fácilmente explicable, habida cuenta del conocimiento que Viollet-le-Duc tenía de la arquitectura medieval. Publicó, entre 1854 y 1868, el *Diccionario Razonado de la Arquitectura Francesa de los Siglos XI al XVI* (Molina, 1975: 15).

Algunos autores han señalado la distancia conceptual que existió entre las ideas de Viollet-le-Duc y las de Vitet y Merimeé. Según Antón Capitel, si bien a partir de la obra de Viollet-le-Duc se identifica la restauración con la “reconstrucción en estilo”, su idea fundamental radicaba en la consecución de la forma prístina, entendiendo por tal la referida al estilo arquitectónico y no a algún monumento concreto. Es decir, su propuesta se orientaba a la búsqueda de las formas ideales: “Promovió con ello la reconstrucción de un Monumento *tal y como debería haber sido en su completa idealidad formal*, dando valor a la coherencia interna de la lógica arquitectónica. *Restaurar un edificio –dirá– no significa conservarlo, repararlo o rehacerlo, sino obtener su completa obra prístina, incluso aunque nunca hubiera sido así*” (Capitel, 1988: 19).

Una corriente paralela se desarrolló en Italia, llamada por algunos autores “restauración arqueológica” (Rivera, 1997: 112-115). Surge en la primera mitad del siglo XIX, a partir de la experiencia de arquitectos como Valadier, Stern, Camporesi, Camuccini,

Canina, entre otros. Los criterios de esta corriente o escuela fueron recogidos por el papa León XIII, a propósito de los trabajos de restauración de la Basílica de San Pedro en Roma: “Ninguna innovación debe introducirse ni en las formas ni en las proporciones, ni en los ornamentos del edificio resultante, si no es para excluir aquellos elementos que en un tiempo posterior a su construcción fueron introducidos por capricho de la época siguiente” (Rivera, 1997: 114). Aparte de la tendencia de restauración estilística que se generó en Italia, la escuela de la restauración arqueológica hizo posible que se adoptara el criterio del estudio arqueológico de los edificios antes de proceder a la reposición de las partes faltantes. En este último aspecto se introdujo la idea de la anastilosis, es decir, el uso o aprovechamiento de partes del monumento en aquellos casos que sea posible o, en su defecto, la diferenciación clara de aquellos elementos nuevos agregados al monumento.

La teoría y la práctica de Viollet-le-Duc tuvo sus antagonistas, siendo el más vehemente John Ruskin, escritor y crítico de arte inglés (1819-1900). Realmente, por su condición de escritor y sobre todo de poeta, la obra de Ruskin relacionada con los monumentos fue muy breve, pero no menos importante en cuanto expresa una posición diametralmente opuesta a la que había prevalecido, basada en las reconstrucciones por analogía de estilo. Es en su obra *Las siete lámparas de la arquitectura* (Ruskin 1964), específicamente en el capítulo “La lámpara de la memoria” en la que expresamente adversa cualquier tipo de intervención o restauración de los monumentos: “Ni el público ni quienes tienen a su cuidado los monumentos públicos entienden el verdadero significado de la palabra *restauración*. Significa la más completa destrucción de la que no se puede recoger resto alguno; una destrucción acompañada de la falsa descripción de la cosa destruida. No nos engañemos en asunto tan importante; es *imposible*, tan imposible como resucitar a un muerto, restaurar nada que haya sido grande o hermoso en arquitectura... Así que no hablemos de restauración. Es una Mentira desde el prin-

cipio hasta el fin. Se puede hacer el modelo de un edificio como se puede hacer el de un cadáver; y el modelo puede tener el armazón de las antiguas paredes como el del cadáver puede tener su esqueleto...” (Ruskin, 1964: 217-218).

Los señalamientos de Ruskin nos indican, por una parte, la analogía que establece entre la vida de un edificio y la de un organismo biológico, que cumple un ciclo vital y al que resulta imposible restituirle la vida. Esto le lleva a rechazar cualquier tipo de intervención y a postular la necesidad de conservar antes que restaurar. Estas ideas de Ruskin, a pesar de que no provenían de un hombre del campo de la arquitectura, tampoco dejaron de tener eco en su época. Así lo demuestra el surgimiento en Londres del Movimiento Anti-Restauración, el cual se expresó en el *Manifiesto de la Sociedad para la Preservación de los Edificios Antiguos*, fundada por William Morris, bajo la influencia de Ruskin (Molina, 1975: 18; Stanley Price et al 1996: 309). Esta perspectiva encarnada por Ruskin fue compartida por los arqueólogos, ya no por las motivaciones románticas del primero, sino por la visión que éstos tenían de los monumentos como documentos históricos auténticos y el riesgo de su alteración por las intervenciones restaurativas (Borrero, 1973: 10).

Otra posición surgida en contradicción con las ideas de Viollet-le-Duc, pero con planteamientos distintos a los de Ruskin y sus seguidores, fue la representada por Camilo Boito (1836-1914), italiano, arquitecto, crítico e historiador de la arquitectura. Se le considera el iniciador de una escuela moderna de la restauración (Rivera, 1997: 139) y uno de sus principales aportes fue el de proponer la necesidad de reconocer la obra arquitectónica en su doble valor, histórico y estético (Fontenla 1996: 128). Por la época que le tocó vivir, Boito y sus ideas se ubican entre los finales del siglo XIX y los albores del XX, de manera que su pensamiento recoge las experiencias y polémicas decimonónicas que giraban alrededor de la restauración de los monumentos y a la vez tuvo gran

influencia en las primeras décadas del siglo XX. Por ello, algunos autores consideran a Boito como representante de una posición intermedia que concilia las propuestas de restauración en estilo de Viollet-le-Duc y las posturas antirestauradoras de Ruskin (Macarrón 1998b: 137) y que habría sido en el siglo XIX cuando se gestaron las dos posiciones extremas que se expresarán en las distintas tendencias restaurativas durante el siglo XX: la restauración radical, que procura recuperar la condición original de los monumentos y la intervención mínima, cercana a un criterio “arqueológico” (Macarrón, 1998a: 47).

Las propuestas de Boito, que pueden definirse como de mínima intervención, fueron planteadas en el III Congreso de Ingenieros y Arquitectos (Roma, 1883) y se resumen en los siguientes puntos:

1. Los monumentos deben ser consolidados antes que reparados y reparados antes que restaurados.
2. En caso de que las intervenciones de restauración sean inevitables, éstas deben ser distinguibles, a la vez que no contrasten con el conjunto intervenido.
3. Uso de materiales distintos a los originales de la edificación en los casos que deba hacerse completación de faltantes.
4. Las intervenciones de consolidación deben ser mínimas en aquellos conjuntos con atributos artísticos y estéticos relevantes.
5. Los agregados de valor al edificio original forman parte del monumento y deben ser tratados como tales.
6. Registro detallado del proceso de intervención.

### **La restauración científica en el siglo XX**

A pesar de la oposición de Ruskin y Boito a los conceptos de restauración de Viollet-le-Duc, la influencia de éste último fue

predominante hasta finales del siglo XIX. Solo a comienzos del siglo XX es cuando aparecen nuevas posiciones en las que se aprecia la influencia de Camilo Boito. Antes de señalar los planteamientos de los seguidores de Boito, debemos hacer mención de Lucca Beltrami (1854-1933), quien también vivió en el tránsito entre los dos siglos. Beltrami fue defensor de la restauración reconstructiva, pero a diferencia de la escuela de Viollet-le-Duc proponía una reconstrucción basada en una documentación histórica rigurosa y no en analogías de estilo. Por ello, se le considera representante de la restauración histórica, una tendencia que surge paralela a la representada por Camilo Boito (Rivera, 1997: 136).

Gustavo Giovannoni (1873-1948) puede considerarse el genuino sucesor en el siglo XX de las ideas de Boito y por su actuación tuvo una influencia fundamental en lo que podría considerarse una moderna teoría de la restauración científica (Rivera, 1997: 141; Fontenla, 1996: 128). Al igual que Boito, propugnaba la valoración histórica y estética del monumento; la preferencia de la conservación antes que la restauración; el criterio de mínima intervención; evitar los trabajos masivos y extensos en las edificaciones; la exhaustiva documentación antes y durante la intervención y el tomar en cuenta aquellos añadidos de valor que forman parte de la vida del monumento. Entre las ideas introducidas por Giovannoni se encuentra la diferenciación entre “edificios muertos” y “edificios vivos” y la importancia que le otorgaba al entorno ambiental y urbano que enmarca a los monumentos (Molina, 1975:22). Estas premisas de Giovannoni resultan familiares a los criterios actuales de intervención de monumentos. Esto se explica por la influencia que dichas ideas tuvieron en documentos de la importancia de la *Carta de Atenas* y la *Carta Italiana del Restau-ro*, que constituyen importantes antecedentes de los preceptos de la restauración contemporánea.

En efecto, Giovannoni participó en el Congreso Internacional de Restauración de Monumentos, realizado en Atenas en

1931, en el cual se redactó la mencionada *Carta de Atenas*. La destacada participación de Giovannoni en este evento explica la influencia de su pensamiento en las recomendaciones de la *Carta*. Por otra parte, los fundamentos de la *Carta de Atenas* fueron incorporados a la *Carta Italiana del Restauro*, aprobada en el mismo año de 1931 por el Consejo Superior para las Antigüedades y Bellas Artes de Italia, con la presencia de Giovannoni en la elaboración de dicho documento. Luego, en 1938, se fundó en Roma el Instituto Central del Restauro, del cual formó parte Giovannoni, además de su presencia, para la misma fecha, en la elaboración de las *Instrucciones para la Restauración de Monumentos*.

Las escuelas de restauración científica y restauración moderna tuvieron vigencia hasta mediados del siglo XX. A partir de la situación de destrucción de numerosos monumentos en Europa durante la Segunda Guerra Mundial, los principios y criterios asumidos por estas Escuelas de restauración no resultaron prácticos para dar las respuestas ideológicas y políticas que la post-guerra exigía: la reconstrucción de centros históricos y de monumentos emblemáticos. En este contexto, surge la teoría o escuela de la restauración crítica, representada por Cesare Brandi y Roberto Pane, que adversaban los métodos drásticos de reconstrucción y a la vez no admitían volver a los criterios de Boito, Giovannoni y la *Carta de Atenas* (Rivera, 1997: 148). Esta nueva línea de restauración reclamaba la necesidad de la valoración estética de los monumentos y no solo la valoración de carácter histórico, es decir, se concibe la valoración de los monumentos en su doble polaridad: histórica y estética (Fontenla, 1996: 129). A la vez, se le otorga gran importancia al contexto o entorno de los monumentos, sea o no de carácter urbano. Estas ideas se expresaron en un nuevo documento, la *Carta de Venecia*, firmada en 1964 y que recoge el pensamiento sobre la restauración que prevalecía para la época.

En la revisión que hemos realizado de los principales aportes teóricos a una moderna teoría de la restauración, hemos desta-



cado cómo, desde Camilo Boito se inicia un concepto de valoración del monumento tanto desde el punto de vista histórico como del estético. Esta doble valoración, que Gustavo Giovannoni elaboró aún más se convierte, a nuestro juicio, en uno de los puntales teóricos y conceptuales de la restauración contemporánea y a su vez es determinante para discutir el papel de la investigación histórica y arqueológica en los procesos de restauración.

### **Historia y restauración de monumentos**

En el desarrollo histórico de la teoría de restauración de monumentos, desde las formulaciones iniciales de Viollet-le-Duc hasta las contemporáneas, es recurrente la prescripción de proceder a una documentación de los monumentos antes de ser intervenidos. De igual forma, se ha conformado desde entonces la idea de que el monumento es en sí mismo un documento (Borrero, 1973: 10), que puede ser leído críticamente y aportar información de carácter histórico. Esta postura, que le otorga preponderancia documental a la obra arquitectónica, concibe a la investigación documental como una etapa previa a la búsqueda de información histórica en el monumento mismo. La relación entre documentos y monumentos se entiende como “un juego de ida y vuelta” entre ambas fuentes de información (Gutierrez, 1997: 176). En tal sentido, el historiador y el arqueólogo tendrían un papel fundamental en la etapa previa del proyecto de restauración, para luego “acompañar los trabajos resolviendo problemas coyunturales” (Gutierrez, 1997: 177). Esto es así pues el autor citado entiende que la investigación histórica relacionada a la restauración de los monumentos debe estar orientada fundamentalmente a ser el soporte para las decisiones de diseño y restauración, pasando en este momento a segundo plano la información histórica relativa a la valoración de la edificación.

Una perspectiva un tanto distinta es la que le confiere igual condición heurística a las fuentes documentales y al estudio mis-

mo del monumento. De tal forma, para recuperar el sentido histórico del monumento se requiere el estudio del marco social y tecnológico en que se produjo la obra arquitectónica (Venegas, 1987:4). Desde este punto de vista, la investigación histórica permite establecer el marco histórico general relacionado con la existencia del monumento, su evolución funcional y constructiva, sus particularidades arquitectónicas, su estado estructural actual y su relación con el entorno (Venegas, 1987: 10). No obstante sus diferencias, ambas perspectivas se acercan en lo relativo al carácter de las fuentes y los documentos que consideran relevantes para la investigación histórica: los materiales escritos y gráficos.

### **Arqueología y restauración de monumentos**

Un acercamiento diferente al tema que discutimos es el que concibe a la investigación histórica relativa los proyectos de restauración de monumentos como un proceso que, además de la investigación histórico-documental, incluye y sintetiza junto a la primera la investigación arqueológica, la investigación histórica-artística y la investigación histórico-constructiva. Se trata de una perspectiva que concibe a la edificación como un “documento-memoria”, entendiendo por tal “...aquel que desde el punto de vista sociológico se reconoce como tal por sus valores históricos y artísticos, por su antigüedad y, a través de ella, por la `conciencia´ que se tiene de lo que nuestros antepasados fueron capaces de crear y transmitir” (Lacuesta, 1997: 419). De esta manera, la investigación arqueológica formaría parte integral del proceso de restauración y no puede ser una actividad casuística que no tiene consecuencias en la labor restaurativa. La exposición de elementos materiales que contribuyen a determinar y caracterizar los tiempos y espacios históricos no puede ser el resultado de una acción desvinculada del proceso general de restauración de la obra. Esto evitaría aprehensiones, como la que a continuación citamos, acerca del trabajo arqueológico en los monumentos a restaurar: “Cuan-

do se hacen estudios arqueológicos bajo el edificio debe tenerse especial cuidado. Si bien tanto arquitectos cuanto arqueólogos están empeñados en la puesta en valor, muchas veces el trabajo arqueológico dirigido a la obtención de datos y objetos muebles enterrados, no tiene en cuenta que las roturas que produce para concretar su búsqueda pueden traer aparejados daños considerables a la obra” (Viñuales, 1990: 74).

Este tipo de reservas acerca de posibles consecuencias no deseadas de la investigación arqueológica en edificaciones sometidas a procesos de restauración se debe a un planteamiento incorrecto de la relación entre arqueólogos y restauradores. Tal como lo ha planteado Luis Caballero Zoreda, los arqueólogos y restauradores han mantenido tradicionalmente una relación de yuxtaposición y contraposición, en la que “...se entendía que una cosa era el arqueólogo, dedicado al conocimiento de los restos arqueológicos del subsuelo; y otro el arquitecto, dedicado a intervenir en el edificio en pie por encima del suelo” (Caballero, 1997: 458). Esta relación ha sido sustituida gradualmente en tiempos recientes por la coordinación y el diálogo entre ambas profesiones: “Primero debe excavar el arqueólogo, antes de que el arquitecto intervenga, ajustándose a las necesidades del edificio que el arquitecto ha definido en el proyecto, y con dos finalidades, que no se destruyan los restos arqueológicos sin documentarlos previamente y reconocer los restos que ayuden a la comprensión de la infraestructura del monumento” (Caballero, 1997: 458-459). En opinión del autor que citamos, esta relación debe dar paso a una en la que ambas disciplinas se complementan. En esta nueva etapa “arqueólogo y arquitecto cruzan sus vistas, el arqueólogo la eleva al edificio considerándolo también objeto de su estudio, y el arquitecto la baja al yacimiento pretendiendo ver en él las raíces de la ‘arquitectura perdida’ “ (Caballero, 1997: 459).

Esta perspectiva de aproximación a la investigación de las edificaciones significa la posibilidad de hacer una “lectura ar-

queológica” de las mismas. Se entiende así que los edificios pueden ser vistos como objetos de estudio de la arqueología, de manera que edificio y subsuelo forman una unidad que debe ser entendida integralmente. Esta manera de entender las edificaciones conduce a comprenderlas como un conjunto de múltiples contextos, que el arqueólogo debe discernir y establecer sus relaciones, para lo cual es fundamental la preservación de la información histórica que el edificio posee, la cual se manifiesta en un horizonte espacial, un horizonte temporal y un horizonte social o de uso (Caballero, 1997: 459-460).

Estas formas yuxtapuestas de relacionarse la arqueología con disciplinas como la restauración de edificaciones tienen relación en América con lo que ha sido la tradición disciplinar. En efecto, la arqueología practicada en sitios o monumentos históricos, bien sea dentro de planes de restauración o con objetivos exclusivamente de investigación, adquirió importancia en nuestro continente a mediados del siglo XX (Juárez, 1989: 12). El auge de este tipo de arqueología se produjo fundamentalmente en Norteamérica y tiene varias vertientes que lo explican: los planes de salvamento arqueológico que se desarrollaron en la postguerra; la aprobación de leyes relacionadas con la preservación de la herencia cultural y el surgimiento de nuevas tendencias teóricas que propiciaron la investigación arqueológica en sitios que representan eventos, momentos o etapas históricas a partir de la conquista europea.

Luego de la Segunda Guerra Mundial se desarrollaron en los Estados Unidos importantes obras de utilidad pública que significaban la destrucción de numerosos yacimientos arqueológicos. A fin de compensar este impacto se implementaron programas de salvamento arqueológico en las áreas de construcción de represas y de carreteras interestatales. Estos programas eran coordinados por el Instituto Smithsonian y por el Servicio Nacional de Parques. No obstante, a pesar de la importancia del rescate arqueoló-

gico practicado en los años inmediatos a la postguerra, el balance relativo a la preservación del patrimonio cultural se resintió justamente por la ausencia de una conciencia de la conservación (King, 1987: 239-240).

Esta situación comenzó a cambiar a partir de 1966 con la aprobación de la Ley de Preservación Histórica Nacional, que permitió la creación de una infraestructura de conservación tanto estatal como federal. Pero sobre todo, en esta nueva etapa surgió una conciencia de la conservación y la convergencia de los intereses de la arqueología con los de la conservación de la herencia cultural. Simultáneamente a esta incorporación de la arqueología a las políticas y planes de conservación patrimonial, se produjo la formulación de nuevos planteamientos teóricos que buscaban darle a la arqueología un cuerpo conceptual y superar el enfoque descriptivo que había prevalecido en la arqueología norteamericana desde las primeras décadas de la centuria, durante las cuales había prevalecido el paradigma de la llamada escuela de la Historia Cultural.

Esta nueva postura teórica, conocida como la Nueva Arqueología, proponía que la arqueología para tener rango de ciencia debía asumir el cuerpo teórico de la antropología. Los planteamientos de la Nueva Arqueología se dirigían fundamentalmente a postular la necesidad de que la investigación arqueológica diera cuenta de los procesos del cambio social, explicando las razones por las cuales se produce el desarrollo y el colapso de las sociedades que se estudian arqueológicamente. Para alcanzar este objetivo, decían los nuevos arqueólogos, el investigador debe adoptar el método hipotético-deductivo-inductivo, en el cual las hipótesis son elaboradas a partir de los procesos sociales, basadas en la teoría antropológica general y luego contrastadas mediante un trabajo de campo controlado (South, 1977: 15; King, 1987: 243).

La importancia de la Nueva Arqueología norteamericana para el tema que estamos tratando consiste en que su enfoque no se limitaba a nuevos postulados teóricos, sino que incidió en la

práctica misma de la arqueología y en la inserción de la disciplina en los procesos de conservación del patrimonio arqueológico. En efecto, la orientación hacia la explicación de los procesos del cambio social significó que los proyectos de investigación se enfocaron hacia los estudios regionales o de área y superaron la arqueología de sitios aislados, que hasta entonces había prevalecido. Esto permitió un primer punto de encuentro con los historiadores, arquitectos y conservadores que paralelamente planteaban la necesidad de enfocar los proyectos de preservación hacia regiones y no en edificaciones singulares. Por otro lado, a partir de su propuesta teórica, la Nueva Arqueología permitió revisar lo que hasta el momento se había conocido como arqueología en sitios históricos, que se reducía a ofrecer información para la reconstrucción de edificaciones y sitios (Schuyler, 1970).

Ahora la Nueva Arqueología, aplicada a sitios históricos, se podía plantear el dar respuestas a diversos aspectos relacionados con los grupos sociales involucrados en los eventos históricos de mayor relevancia en el proceso social norteamericano y a la vez tener la capacidad de mostrar su utilidad para los organismos promotores de la conservación de la herencia cultural (South, 1977: 24). Esta nueva dimensión de los objetivos y alcances de la arqueología en lugares históricos también permitió la comunicación de los arqueólogos con los historiadores, arquitectos, conservadores y otros profesionales relacionados con la preservación de la herencia cultural. El enfoque, métodos y técnicas de la arqueología revelaron su utilidad en el estudio de las estructuras y construcciones históricas (Powell, 1967; Fry, 1969). La importancia de este desarrollo de la teoría y la práctica arqueológica en sitios históricos la demuestra el surgimiento de especialidades dentro de la misma, como es el caso de la llamada arqueología industrial (King, 1987: 245). Sin embargo, debe señalarse que no deja de ser controvertido el carácter disciplinario de la arqueología industrial. Surgida a mediados del siglo XX en Gran Bretaña y un poco des-

pués en los Estados Unidos de norteamérica (Sande, 1977), al calor de las iniciativas de preservación del patrimonio industrial, la discusión posterior se ha centrado en su condición de disciplina arqueológica, atendiendo a su objeto de estudio y a sus puntos de partida metodológicos. Sande (1977) y Buchanan (1970) han argumentado a favor de la disciplina, señalando su progresiva adopción de la teoría y el método arqueológicos. Mas recientemente, Palmer (1990) ha situado la discusión en torno a si se trata del estudio de una temática particular, la industria, o de un período temporal, la industria de los últimos doscientos años (Sande, 1977; Ortiz-Troncoso, 1995). En la actualidad, los trabajos que se definen como pertenecientes al campo de la arqueología industrial siguen girando alrededor de su carácter de disciplina de investigación o de preservación, o ambas combinadas. En muchos casos, pareciera que el énfasis mayor se hiciera en su utilidad para la preservación del patrimonio industrial, especialmente en Europa (Santacreu Soler, 1992; Casanelles Rahola, 1998) Además, es claro que el campo temático de la industria, las técnicas y las tecnologías interesan por igual, desde distintas perspectivas, a investigadores de variadas disciplinas, lo que hace relevante la definición precisa acerca de lo que diferencia en el estudio de la industria a la arqueología de otras disciplinas, como sería el caso de la historia de la tecnología, a fin de evitar equiparaciones incorrectas (Riera y Tuebols, 1996).

A pesar de este desarrollo de la arqueología norteamericana, que llevó a un replanteamiento de la disciplina en el terreno de la conservación patrimonial, no todos los proyectos e investigaciones realizados en el campo de la llamada arqueología histórica desde la década de los '60 del siglo XX tuvieron las características que hemos señalado: propósito de elaborar teoría y a la vez contribuir de manera relevante a la conservación de las edificaciones. Como lo han señalado algunos autores (South, 1977:19), las publicaciones arqueológicas se dividen entre las que persiguen hacer

aportes teórico-metodológicos, las que se refieren a los hallazgos de sitios y estructuras y las que dan cuenta de los materiales muebles recuperados en las excavaciones. Por otra parte, desde su reconocimiento como campo disciplinar, la llamada arqueología histórica ha pasado por varias maneras de entender su ámbito de estudio: como el estudio de un período de tiempo (el período histórico; como un método de investigación y como el estudio del mundo moderno (Orser, 1996: 23-28).

En efecto, durante la década de los años '60 y '70 del siglo XX, algunos relevantes representantes de la arqueología histórica en norteamérica la entienden como la investigación del período comprendido entre 1541 y el inicio de la industrialización (Schuyler, 1970), que correspondería al período temporal de implantación de la cultura europea en norteamérica (Deetz, 1978). Este recorte temporal supone el reconocimiento, por parte de dichos autores, de un tiempo "prehistórico", caracterizado por la inexistencia de la escritura y un tiempo "histórico" en el cual existen registros documentales escritos. En consecuencia, esta primera acepción de lo que se ha entendido por arqueología histórica conduce a la segunda señalada en el párrafo anterior: la arqueología histórica se distingue por su método, en el que se usan en forma simultánea las fuentes históricas y los datos arqueológicos (Deagan, 1991: 102; Orser, 1996: 24-26). Una tercera definición, que se origina en las dos anteriores y las amplía es la que concibe a la arqueología histórica como el estudio antropológico e histórico del mundo moderno, entendido éste último como "aquel que contiene los elementos tempranos de nuestro propio mundo, tales como la urbanización a gran escala, producción industrial compleja, mercantilismo y capitalismo, alfabetismo extendido, viajes a larga distancia y contactos entre gran número de pueblos de culturas muy diferentes" (Orser y Fagan, 1995: 11). Una similar aproximación es la que hace Little (1994), cuando argumenta alrededor de entender a la arqueolo-



gía histórica como una arqueología del capitalismo, así como la de Johnson (1996) en su definición de la arqueología histórica en el contexto de la arqueología británica.

Una posición que se aparte de las anteriores es la representada por Paynter y McGuire (1991), según la cual lo fundamental en el estudio de las sociedades es la caracterización de tipo de relaciones de poder que se establecen. Lejos de las perspectivas de la historia cultural y de la ecología cultural, que se interesan por los procesos de continuidades y cambios (la primera) y de adaptación al entorno natural (la segunda), los autores parten del estudio de las tensiones que se generan entre los pueblos que hacen uso de las asimetrías de los recursos del ejercicio del poder (dominación) y los que desarrollan mecanismos de oposición cultural y social a este ejercicio asimétrico del poder (resistencia). Es esta interacción entre dominación y resistencia la que expresa las relaciones de poder en una sociedad y las que deben ser el objetivo fundamental de la investigación arqueológica (Paynter y McGuire, 1991: 1). En esta perspectiva, se argumenta que el cambio en la cultura material debe ser entendido desde el punto de vista del análisis de clase, teniendo por tal “el resultado de la dinámica implícita en las interacciones entre élites y no élites frente a la producción y la extracción de plusvalía social (Paynter, 1988: 409). Este enfoque en la dialéctica dominación-resistencia es acompañado de una consideración metodológica acerca del uso de las fuentes escritas y los testimonios de la cultura material. En tal sentido, se plantea que el uso de los documentos escritos algunas veces puede servir para atenuar el peligro de la “circularidad” derivada de una interpretación equivocada de la cultura material (Paynter y McGuire, 1991: 19).

Una vez presentada esta visión sumaria de la arqueología histórica en norteamérica, veamos a continuación cómo se han expresado las tendencias teóricas en la arqueología en sitios históricos practicada al sur del Río Grande. La arqueología histórica

realizada en América Latina responde tanto a las influencias de la arqueología norteamericana como a las iniciativas prácticas y a desarrollos teóricos propios. En efecto, durante la década de los '60 del siglo XX en la que, como antes señalamos, se inicia una importante corriente de investigación en arqueología histórica en norteamérica, en algunas regiones del Caribe se realizaron excavaciones en sitios históricos que formaban parte de proyectos de arqueólogos norteamericanos o que respondían a orientaciones teórico-metodológicas similares, especialmente aquellos que perseguían la descripción y clasificación de materiales arqueológicos. Podemos mencionar, entre otros, el estudio de John Goggin, de la Universidad de Florida (Goggin, 1968). Luego, en la década siguiente, se publicaron otros trabajos arqueológicos basados en la exploración de estructuras arquitectónicas y en la descripción de materiales arqueológicos (Cabrera et al, 1975; Besso-Oberto, 1975; López Cervantes, 1976; Seifert, 1977; Lister y Lister, 1982).

Además de los trabajos citados, muchos otros se publicaron para entonces en latinoamérica, referidos a casos donde se analizaban tanto los contextos arqueológicos como el material excavado. Sin embargo, paralelamente a los estudios de sitios aislados o a los que formaban parte de los proyectos de investigación de Universidades norteamericanas, comienzan a aparecer los resultados de investigaciones basadas en datos empíricos o elaboraciones teóricas que buscaban formular una base conceptual distinta a la Nueva Arqueología. Es el momento en que se inicia lo que más tarde se conocería como la Arqueología Social latinoamericana, la cual, en forma similar a la Nueva Arqueología norteamericana, es un movimiento que se desarrolla en todo el ámbito de la arqueología como disciplina y no pertenece exclusivamente a la arqueología de sitios históricos. La Arqueología Social Latinoamericana constituyó una reacción contra el paradigma de la Nueva Arqueología norteamericana y comenzó a ser vista, por algunos arqueólogos, como una alternativa a la hegemonía que esta última

había adquirido. Sin embargo, debe reconocerse que para el momento en que se comienzan a desarrollar las propuestas teóricas de la Arqueología Social en América Latina, también surgen otras perspectivas que intentan cuestionar los postulados de los nuevos arqueólogos. Estas nuevas propuestas estaban inspiradas en corrientes como el estructuralismo y el propio materialismo histórico, no obstante no son equiparables a la Arqueología Social tal como se ha desarrollado en Latinoamérica. Algunos autores han englobado todas estas corrientes que se apartan de la Nueva Arqueología como Arqueología Social (Olmo Enciso, 1997: 215).

Si bien las primeras formulaciones de la Arqueología Social se referían al estudio de las sociedades prehispánicas, los desarrollos teóricos posteriores dentro de dicha corriente han permitido revelar su pertinencia para cualquier tipo de contexto arqueológico. A diferencia de la Nueva Arqueología, que considera a la teoría arqueológica como parte de la teoría antropológica general, la Arqueología Social se reconoce a sí misma como una ciencia histórica, siendo su teoría general la teoría de la historia. Esta definición del objeto y la teoría de la arqueología, coloca a los arqueólogos sociales en una posición claramente distinta a la adoptada por los seguidores de la Nueva Arqueología. Si bien ambas tendencias se proponen superar los esquemas inductivos que caracterizaron a la arqueología de orientación positivista, sin embargo divergen en cuanto al marco teórico en que se sitúan. Para la Arqueología Social el objetivo de la investigación arqueológica debe ser discernir las regularidades históricas que están presentes en los hechos sociales y que permiten hacer predicciones acerca de los procesos generales de desenvolvimiento de la sociedad (Vargas, 1990: 7).

Este punto de partida teórico de la Arqueología Social tiene, en consecuencia, un conjunto de propuestas metodológicas. El establecimiento de leyes o regularidades de los procesos históricos supone un proceso de inducción-deducción que permita cap-

tar los aspectos específicos y los aspectos generales contenidos en la información arqueológica (Bate, 1977: 20-21). Estos principios de método son de gran importancia en lo que concierne a la investigación arqueológica en sitios históricos, pues hacen posible el planteamiento de investigaciones que den cuenta tanto de los aspectos específicos de los lugares o casos de estudio como de los procesos generales en los cuales ellos se enmarcan. Es decir, a través de la investigación arqueológica, entendida desde una perspectiva histórica, es posible obtener y analizar información que se refiere tanto a la vida cotidiana como a los procesos generales de desenvolvimiento histórico. En tal sentido, algunos autores han destacado la importancia del dato arqueológico en situaciones en que la información histórica sólo alude a aspectos generales de la realidad (Veloz Maggiolo, 1980).

Desde la óptica teórica de la Arqueología Social la llamada arqueología histórica o arqueología de sitios históricos se concibe como aquella que, basada en evidencias materiales y a partir de una perspectiva materialista, se realiza en contextos arqueológicos relacionados con el proceso de surgimiento y consolidación del capitalismo y el desarrollo de formaciones económico-sociales enmarcadas dentro del mismo (Fournier et al, 1994: 142; Fournier, 1998), es decir, una “arqueología del colonialismo” (Fournier, 1999: 78). Similar definición es la propuesta por Mario Sanoja, quien define la arqueología en sitios históricos como una Arqueología del Capitalismo, la cual, a partir del uso combinado de los registros arqueológicos, los registros escritos, los registros visuales y la tradición oral, “proporciona la posibilidad de ahondar en los procesos históricos de una forma que las fuentes escritas no pueden hacer, abordando el estudio de la vida cotidiana de la gente común, no sólo de las élites sociales” (Sanoja, 1997: 36).

## **Conclusión**

Los conceptos y criterios sobre la intervención restaurativa de los monumentos históricos tuvieron un largo desarrollo, que llevaron de las restauraciones y reconstrucciones que buscaban regresar los monumentos a sus supuestas formas y condiciones originales, hasta los criterios de mínima intervención. En este proceso surgieron las ideas acerca de la necesidad de documentar los monumentos antes de ejecutar los proyectos de restauración, por lo que la investigación histórica, fundamentalmente la documental, pasó a ser parte rutinaria en la conservación y restauración del patrimonio histórico monumental. De allí se transitó a concebir al monumento como un documento en sí mismo y fue posible desarrollar experiencias donde la investigación arqueológica no fuese solamente subsidiaria de la investigación histórico-documental o se limitase a aportar información estructural y constructiva de los monumentos.

Por su parte, la arqueología en América comienza a interesarse progresivamente, a partir de los años '60 del siglo XX, por el estudio de los sitios y lugares coloniales y postcoloniales. Este interés, si bien está presente desde los inicios académicos de la disciplina en las primeras décadas del siglo pasado, es en su segunda mitad cuando tiene un mayor desarrollo, en el que influye el surgimiento de nuevas perspectivas teóricas como la Nueva Arqueología norteamericana y la Arqueología Social Latinoamericana. Ambas tendencias teóricas se distancian del paradigma hegemónico representado por la Escuela de la Historia Cultural o del Particularismo Histórico que había privilegiado la formulación de cronologías y secuencias culturales.

Aun cuando la Nueva Arqueología y la Arqueología Social responden a paradigmas de teoría y método distintos, no obstante desde sus particulares perspectivas influyen notablemente en el estudio de los sitios históricos. En algunos casos las investigaciones arqueológicas se realizaron como parte de los programas de restauración y en otros respondían exclusivamente a intereses de

investigación, pero lo significativo de un número importante de los trabajos realizados en monumentos y sitios históricos durante los últimos 40 años del siglo XX fue la posibilidad de explicarlos en el marco de procesos históricos más generales, especialmente los relativos al auge y expansión del sistema capitalista.

El estudio de las edificaciones y sitios históricos significó para la arqueología el desarrollo de reflexiones metodológicas acerca de la utilización de los datos de la cultura material junto a las fuentes documentales, de manera que los arqueólogos comienzan a interesarse por el acopio y análisis de los documentos escritos y sobre todo por los problemas de método que significan el uso combinado de ambos tipos de información. Y esta perspectiva convierte a la arqueología en una potente herramienta para la comprensión histórica de los monumentos y sitios que han de ser objeto de intervenciones restaurativas.

### Referencias bibliográficas

- BATE, Luis F. 1977. *Arqueología y Materialismo Histórico*. México: Ediciones de Cultura Popular.
- BERCÉ, Françoise. 1996. "Documentation et travaux sur les monuments anciens" En: *Premières Rencontres du Patrimoine de l'Amérique latine-Europe. Monuments, sites et documents historiques*, Vanden Bemden, Yvette y André Matthys (editores. Namur, Belgique: Presses universitaires de Namur, pp. 247-252.
- BESSO-OBERTO, Humberto. 1975. "Excavaciones arqueológicas en el Palacio Nacional" En: *Boletín INAH*. México. Época II (No. 14), pp. 3-24.
- BORRERO, Alfonso .1973. *Preservación y Restauración de Monumentos Arquitectónicos*. Bogotá: Ediciones Pontificia Universidad Javeriana.
- BUCHANAN, R.A. .1970. "Industrial Archaeology: Retrospect and Prospect" En: *Antiquity*. London. Volumen XLIV, pp. 281-287.

- CABALLERO Z., Luis .1997. “Arqueología y Arquitectura. Análisis arqueológico e intervención en edificios históricos” En: *Ponencias Curso As actuacións no patrimonio construído: un diálogo interdisciplinar*, Fontenla San Juan, Concha (Coordinador). Galicia, España: Xunta de Galicia, Consellería de Cultura, Dirección Xeral do Patrimonio Histórico e Documental, pp. 457-469.
- CABRERA, Rubén et al. 1975. “Excavaciones en Chapultepec, México D.F.” En: *Boletín INAH*. México. Época II (No. 15), pp. 35-46.
- CAPITEL, Antón .1988. *Metamorfosis de monumentos y teorías de la restauración*. Madrid: Alianza Editorial.
- CASANELLES RAHOLA, Eusebi .1998. “Recuperación y uso del Patrimonio Industrial” En: *Abaco*. Revista de Cultura y Ciencias Sociales. Gijón, Asturias, España. 2ª. Epoca. (No. 18), pp. 11-18.
- CESCHI, Carlo .1970. *Teoría e Storia del Restauero*. Roma: Mario Bulzoni Editore.
- DEAGAN, Kathleen .1991. “Historical Archaeology’s Contributions to Our Understanding of Early America” En: *Historical Archaeology in Global Perspective*, Falk, Lisa (editor). United States of America: Smithsonian Institution Press, pp. 97-122.
- DEETZ, James .1978. “Late Man in North America: Archaeology of the European Americans” En: *Historical Archaeology. A guide to Substantive and Theoretical Contributions*, Schuyler, Robert L. (editor). Farmingdale, New York: Baywood Publishing Company, Inc., pp. 48-52.
- FONTENLA SAN JUAN, Concha (1996): “Monumento-Documento: Diferentes valoraciones das aportacións posteriores á fábrica” En: *Congreso: Os profesionais da Historia ante o Patrimonio Cultural: Liñas Metodolóxicas*. Galicia, España: Xunta de Galicia, Consellería de Cultura e Comunicación Social, Dirección Xeral do Patrimonio Cultural, pp. 127-136.
- FOURNIER, Patricia .1998. “Arqueología del colonialismo de España y Portugal: imperios contrastantes en el Nuevo Mundo” En: *Boletín de Antropología Americana*. México. No. 32, pp. 89-96.
- FOURNIER, Patricia .1999. “La arqueología del colonialismo en Iberoamérica: balance y perspectivas”. En: *Boletín de Antropología Americana*. México. No. 34, pp. 75-87.

- FOURNIER, Patricia et al .1994. "Perspectivas recientes y avances metodológicos en la arqueología del período colonial en México" En: *Métodos arqueológicos e gerenciamiento de bens culturais*. Caderno de Debates No. 2. Río de Janeiro: Ministerio da Cultura. Instituto do Patrimônio Histórico e Artístico Nacional, pp. 139-162.
- FRY, Bruce W. .1969. "Restoration and Archaeology" En: *Historical Archaeology*. Bethlehem, Pennsylvania, United States of America. Volumen 3, pp. 49-65.
- GOGGIN, John. 1968. *Spanish majolica in the New World Yale University Publications in Anthropology 72*. New Haven, Connecticut, United States of America: Yale University Press.
- GUTIÉRREZ, Ramón .1997. "Las fuentes históricas y la heurística" En: *Teoría e Historia de la Restauración*, Aymat, Carlos et al (editores). Madrid: Universidad de Alcalá, Editorial Munilla-Lería, pp. 173-179.
- JOHNSON, Matthew .1996. *An Archaeology of the Capitalism*. Great Britain: Blackwell Publishers.
- JUÁREZ COSSIO, Daniel .1989. *El Convento de San Jerónimo. Un ejemplo de arqueología histórica*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- KING, Thomas F. .1987. "Prehistory and Beyond: The place of archaeology" En: *The American Mosaic. Preserving a Nation's Heritage*, Stipe, Robert E. y A.J. Lee (editores). Washington D.C.: U.S./ICOMOS, pp. 235-264.
- LACUESTA. Raquel .1997. "El conocimiento histórico del monumento. Métodos y experiencias" En: *Ponencias Curso As actuaciones no patrimonio construído: un diálogo interdisciplinar*, Fontenla San Juan, Concha (Coordinador). Galicia, España: Xunta de Galicia, Consellería de Cultura, Dirección Xeral do Patrimonio Histórico e Documental, pp. 417.430.
- LISTER, Florence y R. Lister. 1982. *Sixteenth century majolica pottery in the valley of Mexico*. Anthropological Papers of the University of Arizona 3. Tucson: University of Arizona Press.
- LITTLE, Barbara J. 1994. "People with History: An Update on Historical Archaeology in the United States" En: *Journal of Archaeological Method and Theory*. Volumen 1 (No. 1), pp. 5-40.



- LÓPEZ CERVANTES, Gonzalo. 1976. *Cerámica colonial en la ciudad de México*. Colección Científica 38. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia. Secretaría de Educación Pública.
- MACARRÓN MIGUEL, Ana M. 1998a. "El concepto de conservación y restauración: evolución y definiciones" En: *La conservación y la restauración en el siglo XX*, Macarrón Miguel, Ana M. y Ana González Mozo (editores). Madrid: Editorial Tecnos, pp. 47-51.
- MACARRÓN MIGUEL, Ana M. 1998b. "Teorías y criterios en restauración arquitectónica" En: *La conservación y la restauración en el siglo XX*, Macarrón Miguel, Ana M. y Ana González Mozo (editores). Madrid: Editorial Tecnos, pp. 137-164.
- MANGINO T., Alejandro .1991. *La restauración arquitectónica. Retrospectiva histórica en México*. México: Editorial Trillas.
- MOLINA M., Augusto .1975. *La Restauración Arquitectónica de Edificios Arqueológicos*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- OLMO ENCISO, Lauro .1997. "Teoría y metodología de la intervención arqueológica" En: *Teoría e Historia de la Restauración*, Aymat, Carlos et al (editores). Madrid: Universidad de Alcalá, Editorial Munilla-Lería, pp. 211-220.
- ORSER, Charles E. 1996. *A Historical Archaeology of the Modern World*. New York, United States of America: Plenum Press.
- ORSER, Charles E. y Brian M. Fagan .1995. *Historical Archaeology*. New York, United States of America: HarperCollins College Publishers.
- ORTIZ-TRONCOSO, Omar R. 1995. "Observaciones sobre la clasificación arqueológica de sitios históricos e industriales, en el contexto americano" En: *Ultramarine Occasional Papers*. Amsterdam, Holanda. No. 1, pp. 1-22.
- PALMER, Marilyn .1990. "Industrial archaeology: a thematic or a period discipline? En: *Antiquity*. London. Volumen 64, pp. 275-285.
- PAYNTER, Robert .1988. "Steps to an Archaeology of Capitalism: Material Change and Class Analysis" En: *The Recovery of Meaning. Historical Archaeology in the Eastern United States*, Leone, Mark P. y Parker B. Potter (editores). United States of America: Smithsonian Institution Press, pp. 407-433

- PAYNTER, Robert y Randall H. McGuire. 1991. "The Archaeology of the Inequality: Material Culture, Domination and Resistance" En: *The Archaeology of the Inequality*, McGuire, Randall H. y Robert Paynter, editores. United Kingdom and United States of America: Blackwell, pp. 1-27.
- POWELL, Bruce B. 1967. "Excavation accompanying building restoration" En: *Historical Archaeology*. Bethlehem, Pennsylvania, United States of America. Volumen 1, pp. 36-38.
- RIERA Y TUEBOLS, Santiago. 1996. "Ciencia, tecnología y arqueología industrial" En: *Abaco*. Revista de Cultura y Ciencias Sociales. Gijón, Asturias, España. 2ª. Epoca. (No. 18), pp. 27-36.
- RIVERA, Javier. 1997. "Restauración arquitectónica desde los orígenes hasta nuestros días. Conceptos, Teoría e Historia" En: *Teoría e Historia de la Restauración*, Aymat, Carlos et al (editores). Madrid: Universidad de Alcalá, Editorial Munilla-Lería, pp. 103-169.
- RUSKIN, John .1964. *Las Siete Lámparas de la Arquitectura*. España: Aguilar.
- SANDE, Theodore A. .1977. "Industrial Archaeology and the Cause for Historic Preservation in the United States" En: *Historical Archaeology*. Bethlehem, Pennsylvania, United States of America. Volumen 11, pp. 39-43.
- SANOJA, Mario .1997. "Arqueología del Capitalismo. Estudio de casos: Santo Tomé de Guayana y Caracas" En: *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*. Caracas, Venezuela. Volumen 3 (No. 1), pp. 34-57.
- SANTACREU SOLER, J.M. .1992. "Una visión global de la arqueología industrial en Europa. Casos concretos en regiones concretas" En: *Abaco*. Revista de Cultura y Ciencias Sociales. Gijón, Asturias, España. 2ª. Epoca. (No. 18), pp. 13-28.
- SCHUYLER, Robert L. 1970. "Historical and Historic Sites Archaeology as Anthropology: basic definitions and relationships". En: *Historical Archaeology*. Bethlehem, Pennsylvania, United States of America. Volumen 4, pp. 83-89.
- SEIFERT, Donna J. 1977. *Archaeological majolicas of the rural Teotihuacan Valley*, Mexico. Ph.D. Dissertation. Ann Arbor: University of Iowa.

- SOUTH, Stanley .1977. *Method and Theory in Historical Archaeology*. Orlando, Florida , United States of America: Academic Press, Inc.
- STANLEY PRICE, Nicholas et al .1996. *Historical and Philosophical Issues in the Conservation of Cultural Heritage*. Los Angeles, United States of America: The Getty Conservation Institute.
- VARGAS, Iraida .1990. *Arqueología, Ciencia y Sociedad*. Caracas: Editorial Abre Brecha.
- VELOZ MAGGIOLO, Marcio. 1980. “Los materiales arqueológicos como fuentes para la investigación histórica” En: *Vida y Cultura en la Prehistoria de Santo Domingo*. San Pedro de Macorís, República Dominicana, pp. 161-169.
- VENEGAS F., Carlos .1987. “La investigación histórica aplicada a la conservación y restauración de monumentos arquitectónicos. Consideraciones Generales” En: *Documentos*. La Habana, Cuba. No. 3, pp. 1-12.
- KGraciela M. .1990. *Patrimonio Arquitectónico. Aportes a la cultura nacional y latinoamericana*. Buenos Aires, Argentina: Instituto Argentino de Investigaciones de Historia de la Arquitectura y del Urbanismo.